

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

HABLAR DEL TIEMPO

José Antonio González Casanova, catedrático de Teoría del Estado de la Universidad de Barcelona, ha escrito numerosas veces en las páginas de este periódico. Pero hoy se incorpora a ellas como colaborador regular. El profesor González Casanova, que sabe tanto de política como de comunicación —por algo ha estudiado de forma penetrante las relaciones entre ambas— ha querido empezar con esta meditación confidencial, con algo de profesión de fe, sobre lo que pasa y lo que no pasa, sobre lo que es historia y permanencia a un tiempo.

EN España, escribir es llorar, nos dijo Larra. Pero, ¿y leer? ¿Será leer reír por no llorar? ¿Qué se lee en España? Y, sobre todo, ¿cómo se lee? Yo pienso que aquí se lee en un leer sesgado. El lector va de vuelo, casi tanto, tal vez, como el que escribe. La gente no está para matar el tiempo, porque el tiempo es quien mata a la gente, más por carencia que por años. La lectura verdadera es despaciosa. Debiera estar como sostenida en el aire, con el alma en vilo y en un hilo: el de la lectura. Al igual que la música o la pintura, el tiempo de las letras queda prisionero en la eternidad de la forma, a condición de que uno sea capaz de soledad y silencio para, no sólo oír, sino escuchar a quien escribe, dejándole que hable, sin hacer ruido: ese ruido interior que hacemos tantas veces para no escuchar mientras leemos. Y es que no tenemos tiempo —ni fuera ni dentro de nosotros— para escuchar.

Lo malo de lo que escribe —decía uno— es que hay que leerlo. Y venía a decir con eso que no bastaba un rápido mirar, un pasar los ojos por los surcos de la apariencia escrita, sino que —de querer enterarse, de querer oír el con entero— se debía leer, o sea, escuchar y pensar, para, después, entender, o no entender. Ahora bien, muchas cosas conspiran para que ese escuchar la palabra escrita —y la hablada, pues se escribe en el fondo, como se habla— resulte algo difícil, algo verdaderamente inusitado en nuestra vida corriente.

La palabra agoniza, diría yo, de perplejidad. La palabra empieza por no saber para qué sirve. El drama de las palabras,

LO QUE NO PASA

decía Pedro Salinas, es qué significan. Pero eso, bien mirado, también les pasa a las imágenes. Es ya un tópico afirmar que el lenguaje no se agota en las palabras. ¿Cuál será entonces el fin de la palabra? ¿O estaremos diciendo la última, entreabriendo la puerta de las cosas inefables, con la mano en el pomo del silencio?

El filósofo francés Paul Ricoeur ha visto como postrera, y quizás única, justificación de la Universidad, el que sea el reino de la palabra, donde todavía tenga sentido el discurso como un discurrir, como algo que, al pasar —al discurrir—, no pasa y se trasnueda. Frente al poder de la imagen, de la falacia y del sueño —poderes de la vida social o política— la Universidad sería el reducto de la realidad, de la verdad y de la vida, a través de la comunicación oral, hablada, es decir, oída en silencio, en soledad y en calma.

Claro está para quien lleva la mitad de su vida escuchando y hablando en la Universidad que Paul Ricoeur habla, noblemente, en sueños. Creo que la múltiple peripecia de nuestra Universidad ha ido dejando a algunos casi mudos, o, al menos, tartamudos, que es esa virtud anglosajona de la sensibilidad cuando lo que se le ofrece no tiene pies ni cabeza y uno se siente como ante un fantasma helado. No, no puede ser hoy la palabra hablada el vínculo universitario, porque por el oído sólo penetra la fe, y hoy se cree más —y con poderosas razones— en lo que se ve, en las imágenes, en la apariencia, en lo que entra por los ojos. La fe del que escucha es hoy muy reducida, y en gran parte se debe a la poca fe y a la escasa esperanza que provoca quien habla.

Si esto ocurre con la palabra sonora, pudiera pensarse que la palabra escrita, por lo que tiene de visible y silenciosa a la vez, está en mejores condiciones para llegar a ese fondo de fe, de credulidad abierta y generosa, que todo el mundo posee. Más, de nuevo, nos asalta la perplejidad y la duda. ¿Qué es lo que hay que decir? A lo mejor no hay que decir ya nada. Nadie nos obliga a escribir, aunque nos lo ofrezcan de forma tentadora, y, muy probablemente, sería recomendable no caer en la tentación. Como decía un crítico literario de un mal poeta: «Que escriba, sí, pero que no publique».

Pero una vez se ha aceptado que los libros y periódicos todavía existen, y se ha desdenado en parte el valor revolucionario del silencio, el problema es saber si un soliloquio olímpico como el de Zubiri, por ejemplo, o, en un plano superior, la música de Bach —al decir de Gide, música astral, que no necesita ser escuchada para ser— comunican más verdad esencial que un discurso pensado para los demás, ya sea convencional o creador.

Uno se asoma al rompeolas de las tribunas periódicas con el vértigo que siempre provoca el mar furioso y porque cree ver, entre las dos aguas de la propia ambigüedad expresiva, a Moby Dick, la ballena blanca, que nos incita a ir siempre más allá, hasta hundirnos con ella en lo profundo del alma de la gente; de alguna gente, al menos; quizás, tan sólo, de algún secreto amigo, al que llevamos mucho tiempo sin ver, o al que, viéndolo a diario, no podemos estar con él más allá de las falacias insufribles, más acá de la apariencia.

Entonces es como si no hubiera otra salida más digna que dirigirse a todos y a ninguno y hablar del tiempo. Porque el tiempo es lo único que nos pasa a todos por igual, aunque no todos tengamos el mismo. Y hablar de lo que pasa es justo el único camino para que se vean —a contraluz, sombra de lo que eran— las cosas que no pasan. Eso es lo que está haciendo José Bergamín, a sus setenta y nueve años, desde una revista gráfica y sabatina: convertir un momento dado en un instante eterno; rescatar la eternidad, del tiempo prisionero. Por eso el periodismo, hecho de veras y no de burlas, y hecho por periodistas verdaderos, debiera llamarse eternismo, y ellos, eternizadores, ya que, en verso quevedesco, «sólo lo fugitivo permanece y dura».

De ese modo, la palabra no pretendería ya decir nada. Dejaría de buscar utilidad y finalidad aparentes. Dejaría de ser política, en el sentido de «hacer creer», para convertirse en pura creencia y en dar fe de que, por debajo de las imágenes de actualidad, existe una firme y frágil condición humana, que es historia y permanencia a un tiempo.

J. A. GONZALEZ CASANOVA

CARAMBOLAS DE GIDE

LA SOMBRA DE LAFCADIO

He vuelto a leer, estos días, «Los sótanos del Vaticano». Conservaba del libro un recuerdo bastante claro, pero me ha gustado refrescarlo. André Gide es de aquellos escritores que nunca defraudan: por lo menos, resiste al tiempo. Hace ya más de veinte años que murió y, desde luego, su nombre no es de los que aparecen más citados, hoy, en los papeles literarios de fuera de su país, y ni siquiera en los de su país. Sin embargo, sigue siendo reeditado: el hecho de su repetida presencia en las colecciones «de bolsillo» constituye todo un dato. La cosa, de todos modos, tiene su explicación. Gide no pasará a la historia de la literatura como un «gran novelista» ni como un «gran dramaturgo». La suya fue una obra de examen moral, a la vez indagatoria y crítica, metida de lleno en la tupida problemática de una Europa que ya nos da la impresión de «remota» e incluso «cancelada», y propuesta deliberadamente como revulsivo. Un lector joven de ahora apenas podrá darse cuenta cabal, sin la ayuda de informes adyacentes, de lo que Gide significó en el área cultural francófila durante las cuatro primeras décadas de nuestro siglo. La cantidad de fascinación que emanó de su pluma fue inmensa. Todavía está por medir el alcance que, a través de adhesiones o de repulsas, tuvo su influencia. En este sentido —los tiempos son otros— había de perder terreno. ¿Mucho, y de qué manera?

Gide se entregó a la «historia», por decirlo así, y la «historia» lo consumió en su propio proceso. Pensemos en el impacto de «Les Nourritures terrestres», en «Corydon», en su etapa de militante de izquierdas, en su «Retour de l'URSS», en su «Saul», en «Les caves du Vatican», en su constante «streaking» del inagotable «Journal», en sus debates de periódico o de correspondencia... Nada más incitante, ni —a menudo— más demoleedor que aquella prosa suave, calculada, fría a ratos, patética en algún momento, y siempre de una diaphanidad excelsa. Es difícil, muy difícil, escribir «claro». A veces uno piensa que sólo se puede escribir así, «claro», en francés. Quizá sea una cuestión de sintaxis. O de «estilo de pensar», que viene a ser lo mismo. Ahí está Voltaire: un prodigio. Este fulano supo decir lo que quiso y como en cada caso le convenía decirlo, con una precisión inequívoca. Es una virtud de que carecieron Rabe-

lais, Montaigne, Claudel, Eluard, gente de palabra tumultuaria y confusa. Se le acerca el Descartes del «Discours» y, un poco, Stendhal, gracias a su frecuentación del código napoleónico. André Gide pertenecía a la familia de Voltaire. Y no era, precisamente, un volteriano. Leer a Gide, como leer a Voltaire, en cualquier momento, y aparte cualquier otra consideración, es una «fiesta de la inteligencia»...

De una «inteligencia diabólica», habría dicho Claudel. No importa. O no es el tipo de adjetivo que aquí debamos admitir. Lo que cuenta, y nadie sabría negarlo, es que gran parte de los prejuicios, las monsergas, las angustias, los odios, las aprensiones y las represiones, que Gide combatió, ya casi no se tienen en pie. No digo «todos», por descontado. Ni mucho menos. Ni afirmaré que «todo» lo que Gide combatía mereciese ser demolido. Sin olvidarnos de lo que Gide se abstuvo de atacar. Me parece que fue Jean Génét quien, en un rasgo verbal divertidamente agudo, por lo que supone de parodia en una frase hecha ritual, aseguró que André Gide era un individuo «de dudosa inmoralidad». ¡Y tanto! El autor de «L'immoraliste», autobiográficamente derramado en ésta y muchas más pretensiones «inmoralistas», no pasaba de ser un cristiano empedernido. Y de pura cepa puritana: de no sé qué rama protestante, estricta en sus principios y en sus observancias. Contra unos y otras luchó Gide, pero sin desprenderse de sus fermentos de origen. De hecho, cuando se le imaginaba «comunista» —y en el Kremlin llegaron a tomarle en serio—, sólo ejercía de cristiano: radicalizaba un cristianismo primario y contradictorio. Mucha Biblia y poco Marx: ese fue el lío. Nunca entendí cómo Moscú cayó en la trampa. Que ni trampa era.

Sea como fuere, la figura de Gide como un anarcoide de base neostavromontañesa queda disimulada por las provocaciones hedonísticas que le sirvieron de adorno. No eran simple adorno, ciertamente. André Gide tuvo la insolencia de poner sobre el tapete, y en la perspectiva menos favorable desde el punto de vista de las convenciones vigentes, el asunto del «cuerpo». Del sexo, para ser exactos. Pero cuando lanzó al aire su famoso desplanta de «Familles, je vous haïss!» en un contexto de bambal-

nas paganas, continuaba hirviendo en el fondo tal o cual versículo evangélico en donde el Cristo aconseja a alguien que abandone a sus padres y a sus hermanos para que le siga. No se trata de un «equivoco»: prefiero llamarlo una «ambigüedad». Gide era «ambiguo» por constitución. O por necesidad. El mensaje de «Les Nourritures terrestres» llegaba arropado con una retórica jovial: un lirismo discreto, de escayola, sin duda, o de marquetaría, pero tremendamente bien hecho. Yo mismo, ese libro puede ser leído sin sonreír. No queda ridículo. Pasado de moda, sí. Y no mucho: es, justamente, el libro que podría ser «recuperable», en las actuales o próximas modas. Y la invitación de fondo era la de la «disponibilidad». Natanael, el joven —lo de menos es que sea el «efebó» de Gide—, se ve invitado a cortar todas las amarras con que la sociedad, empezando por la familia, le ata. Me temo que los chicos de nuestros días no hayan llegado tan lejos. Gide les ofrecía más. Y ahí queda, con su esfumatura literaria, la convocatoria «libertaria» de moralista.

La «disponibilidad» venía a ser la «tabla rasa» cotidiana: permanecer abierto a cada sugerencia mínimamente convincente. El antidigma y, en consecuencia, el antiautoritarismo sistemático. La peripecia política de Gide, por ejemplo, no pudo ser más sinuosa: prácticamente fue del estalinismo prejulgado a un maurrasianismo no menos de cliché. Son anécdotas comprensibles. Con «Les caves du Vatican», Gide insinuó otra posibilidad de «rechazo» social. Era el llamado «acto gratuito». Matar por matar, por ejemplo, y sin más motivo. Un buen día —o una noche—. Lafcadio Wuiki se ve sorprendido por la tentación de poder asesinar a su compañero de departamento, en un tren italiano de la época de León XIII. Y lo hace: abre una portezuela y empuja al desconocido. El crimen no responde a nada: ni al robo, ni a la pasión, ni —teóricamente— a ninguna neurosis. Al hacer lo que hizo, y sin «razón» de hacerlo, Lafcadio se siente «hombre libre»: «libre» sin «razón». ¿Es un «criminal»? La noción de «crimen», tal como las jurisprudencias y las filosofías lo precisan, se evapora. Gide apura la posibilidad. El «crimen», desde el Derecho Romano hasta Lenin, descansa sobre la sospecha de un «interés», económico o no. ¿Y el «crimen desinteresado»? ¿El crimen porque sí, el crimen por el crimen, el

parnasianismo del crimen? «A merced de la primera ocasión», le dice alguien a Lafcadio. Y sí. Es algo que puede ocurrir. Algo que ocurre, cada día, si hemos de creer la página de sucesos de los diarios... Gide predicó la «disponibilidad», en las «Nourritures». Con el «acto gratuito» se limitó a enunciar el riesgo.

Me temo que estemos viviendo una época más «gldiana» de lo que unos y otros están dispuestos a creer. «Los sótanos del Vaticano» no es una novela aceptable, si por novela se entiende lo de Mann, lo de Proust —el siniestro, turbio, genial Proust—, lo de Kafka, lo de los americanos del Norte —¿Hemingway, Faulkner?— o del sur, ni los Italianos, ni los venerables rusos, y mucho menos Balzac, que es el mayor de todos —Balzac es la Novela, con mayúscula—, ni los vicios solitarios del «nouveau roman», que a estas horas ya son amablemente «camp»... «Les Caves» no son una «novela», o son una «mala novela». Su argumento no puede ser más inverosímil ni más grotesco. Como el argumento de un «cuento filosófico», dentro de la tradición francesa. El libro sería inimaginable fuera de Francia: es típicamente «francés»... Pero ¿y el «acto gratuito»? Los «faits-divers», con frecuencia, nos sitúan ante hipótesis perplejas. De pronto —y en medio de la violencia, si no «razonable», si «razonada»—, se presenta un tío que dispara a ciegas: contra el pianista, si vale una broma acreditada, «surrealoides». Gide no postulaba el «acto gratuito». Se contentó con la «disponibilidad». Pero enunció la eventualidad de un Lafcadio... Vivimos entre Lafcadios, y cada cual corre el peligro de convertirse en un Lafcadio feo, adulto y barrigón, pero igualmente «criminal»... Otras intuiciones o dianas de Gide también se nos sitúan en pura evidencia. Aun no el «Corydon», pero sí «Les Nourritures»... Esas multitudes marginales y mediomarginadas que fluyen en torno a la «moral» oficial, ¿no son una carambola de Gide? Gide, quizá, se espantaría ante la atribución. Pero de sus papeles derivan muchas «justificaciones» en marcha... De vez en cuando, cuando veo citado a Wilhem Reich o a Marcuse, hago mis cálculos y concluyo que, en última instancia, quien cuenta es Gide...

Joan FUSTER

¡ATENCIÓN, PELUQUEROS!

CAMPEONATO PROVINCIAL DE PELUQUERÍA FEMENINA

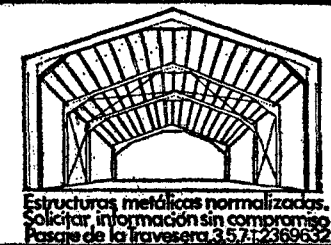
Lunes, día 27 — Tres sesiones — Salón VENUS 2000 — C. Bailén, 196
ATELIER TECNICO ARTISTICO presentado y realizado por los más prestigiosos profesionales españoles del momento. Actuación estelar del famoso peluquero internacional.

ELRHODES

en un show nuevo, dinámico, sorprendente y comercial

¡NO TE LO PIERDAS! ¡NOS LO AGRADECERAS!

ESTRUCTURAS INMETRO



Estructuras metálicas normalizadas. Solicitar información sin compromiso. Pasaje de la travessera 35, 71-236932

DOLOR - ARTROSIS

Método «PEDALIER» lo combate eficazmente. Compruébelo. Miles de usuarios practican en su hogar. Infor. de 3 a 5. T. 253-24-26

CENTRO DE ESTUDIOS

unitec

ABIERTA INSCRIPCIÓN CURSO 74-75

- C. O. U.
- 4.º, 5.º y 6.º BACHILLERATO
- INGENIERIA TECNICA

CURSO INTENSIVO DE VERANO